

1261.3/12

Democracia socialista y dictadura del proletariado



Resolución del Secretariado Unificado de la IVª Internacional

2ª edición
sept. 77

correspondencia de prensa internacional

quinconal

CORRESPONDENCIA DE PRENSA INTERNACIONAL

Director de la publicación: Jean François Godchau

Suscripciones: Envío normal- Europa 17 \$; 1100 pts. ; 650 FB
Avión - USA, México, Centroamérica 24 \$
- Resto de A.Latina 26 \$
Impreso - 800 FB; 1350 pts.
Impreso avión 32 %
Envío cerrado 46 \$; 1150 FB ; 1900 pts.

Para suscribirte: transferencia bancaria u orden postal internacional
a orden de PASCAL HENRI, haciendo constar la
cantidad a "correspondencia de prensa internacional"

B.P. 135- 95103 Argenteuil - CEDEX-FRANCIA-

EDICIONES ROJAS nº 15, Barcelona
1ª edición, julio de 1977
2ª edición, septiembre de 1977

Democracia socialista y dictadura del proletariado

Resolución del Secretariado Unificado de la IVa. Internacional

tomado de 'Correspondencia de Prensa Internacional'
nº 10 nueva serie, 7 de julio de 1977

Las tesis siguientes fueron adoptadas por el Secretariado Unificado de la IVa. Internacional. Están sujetas a la discusión preparatoria para el Xlo. Congreso Mundial de nuestro movimiento, donde serán discutidas y sometidas a votación.

Ante la importancia programática del tema que tratan, que se refiere a uno de los principales debates actualmente en curso en el movimiento obrero internacional, el Secretariado Unificado decidió abrir una discusión pública en torno a estas tesis. En consecuencia, nos comprometemos a publicar las contribuciones para la discusión, crítica, enmienda o los contraproyectos que nos lleguen, tanto de parte de miembros de nuestro movimiento, como de parte de otras organizaciones o tendencias del movimiento obrero o bien de autores individuales, a condición de que no superen una extensión razonable ni constituyan simples repeticiones de contribuciones previamente recibidas.

Nos esforzaremos por reproducir esas contribuciones a la discusión en uno o varios folletos, cuya aparición anunciaremos regularmente en nuestras publicaciones.

* * * * *

El debate que se está llevando a cabo en el seno del movimiento obrero internacional sobre las diferentes concepciones de la democracia socialista es el más profundo, desde los primeros años que siguieron a la revolución rusa de octubre de 1917. La intensificación de la crisis del stalinismo en Europa Occidental y Oriental y de la crisis del maoísmo, la crisis creciente del orden político burgués en Europa Occidental desplazaron el debate del terreno de las polémicas más o menos académicas hacia el de la política práctica propiamente dicha. Es indispensable una posición clara sobre este problema, con el fin de hacer progresar los procesos hacia la revolución socialista en Occidente y la revolución política en los estados obreros burocratizados. De allí la necesidad, para la IVa. Internacional, de afirmar sus posiciones programáticas al respecto.

¿Qué es la dictadura del proletariado?

1.- La diferencia fundamental entre los reformistas y los marxistas revolucionarios, es decir los bolcheviques-leninistas, por otra, en lo que respecta a la conquista del poder de estado, la necesidad de una revolución socialista, la naturaleza del estado obrero y la significación de la dictadura del proletariado, no reside en que los primeros defienden un sistema multipartidista y los segundos el sistema de partido único. Tampoco reside en la defensa de libertades democráticas sin límite por parte de los primeros, y en la defensa de severas restricciones o incluso de la supresión de las libertades democráticas por parte de los segundos.

Cualquier tentativa de presentar la diferencia entre reformistas y revolucionarios ante todo de esa manera deforma las lecciones fundamentales de tres cuartos de siglo de experiencias históricas de revoluciones y contrarrevoluciones, y constituye objetivamente una importante concesión al propio reformismo.

Las diferencias fundamentales entre los reformistas y los marxistas revolucionarios sobre el problema clave del poder de estado son las siguientes:

- Los marxistas revolucionarios comprenden claramente la naturaleza de clase de todos los estados y del aparato de estado en tanto instrumento para mantener el poder de clase.
- Los reformistas defienden la ilusión de que la "democracia" o las "instituciones de estado democráticas" se sitúan por encima de las clases y de la lucha de clases.
- Los marxistas revolucionarios comprenden claramente que el aparato de estado y las instituciones de estado de los estados burgueses, aún los más democráticos, sirven para mantener el poder y la dominación de la clase capitalista y no pueden servir de instrumento para derrocar dicha dominación y para transferir el poder de la clase burguesa a la clase obrera.
- Los marxistas revolucionarios comprenden claramente

te que hay que deducir de este análisis que la conquista del poder por el proletariado exige la destrucción del aparato de estado burgués, ante todo del aparato de represión de la burguesía.

(e) Los marxistas revolucionarios también deducen de él que la clase obrera sólo puede ejercer el poder de estado en el marco de instituciones estatales de un tipo diferente a las del estado burgués, es decir, instituciones fundadas en consejos de trabajadores (soviets) soberanos y democráticamente elegidos y centralizados, con las características fundamentales precisadas por Lenin en "El estado y la revolución": elección de todos los funcionarios, jefes, dirigentes de las milicias obreras (u obreros y campesinas) y de todos los delegados representantes de los trabajadores en las instituciones de estado; rotación regular de los electos; limitación de sus ingresos a los de un obrero especializado; revocabilidad de todos los electos según la voluntad de los electores; ejercicio conjunto de los poderes legislativos y ejecutivos por instituciones de tipo soviético; reducción radical del número de funcionarios permanentes y transferencia progresiva de las funciones administrativas a órganos directamente constituidos por los trabajadores. Ello significa, en otras palabras, un crecimiento cualitativo de la democracia directa, en oposición a la democracia indirecta y representativa. Como lo dijo Lenin, el estado obrero es el primer estado en la historia humana que defiende el gobierno de la mayoría de la población contra minorías de explotadores y opresores: "En lugar de instituciones especiales de una minoría privilegiada (funcionarios privilegiados, jefes del ejército permanente), la misma mayoría puede llevar adelante estas tareas; y cuanto más sean ejercidas por el conjunto del pueblo las funciones del poder, tanto menos necesario llegará a ser ese poder." (Lenin, Obras Completas). Por consiguiente, la dictadura del proletariado comienza a deteriorarse casi desde su nacimiento.

El concepto de dictadura del proletariado, que resume todas estas características, constituye un elemento fundamental de la teoría marxista del estado, de la revolución proletaria y del proceso de construcción de una sociedad sin clases. La palabra "dictadura" tiene un sentido concreto en ese contexto. Se trata del mecanismo para desarmar y expropiar a la clase burguesa y para permitir el ejercicio del poder de estado por la clase obrera; de un mecanismo para impedir que se restablezca la propiedad privada de los medios de producción y que se reintroduzca la explotación de los trabajadores asalariados por los capitalistas. El Congreso de fundación de la Internacional Comunista afirma explícitamente que: "la dictadura del proletariado es el aplastamiento, por la fuerza, de la resistencia de los explotadores, es decir, de una infima minoría de la población: los terratenientes y los capitalistas."

De allí resulta que la dictadura del proletariado ocasiona inevitablemente no sólo de una modificación de las formas y de las instituciones democráticas en general, sino también una modificación tal que lleva a una extensión hasta entonces desconocida del principio democrático a favor de las clases oprimidas por el capitalismo, a favor de las clases trabajadoras... una facultad rápida para aprovechar derechos y libertades democráticas como no hubo nunca, ni siquiera semejan-

tes, en las repúblicas burguesas mejores y más democráticas". ("Tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado"-Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista).

Contra el revisionismo programático, ahora confesado, de muchos partidos comunistas y formaciones centristas, la IVa. Internacional defiende esas concepciones clásicas de Marx y de Lenin. Es imposible una sociedad socialista sin la propiedad colectiva de los medios de producción y del excedente social, sin la planificación de la economía y sin que ésta sea administrada por la clase obrera en su conjunto, mediante consejos de trabajadores democráticamente centralizados, es decir, la autogestión planificada de los trabajadores. Semejante socialización es imposible sin la expropiación económica y política de los capitalistas y sin el ejercicio del poder de estado por la clase obrera.

Sobre todo después de la experiencia trágica de Chile, que confirma tantas lecciones precedentes de la historia, la concepción kautskiana reformista defendida hoy por los partidos denominados "eurocomunistas", el PC japonés y otros PC y formaciones centristas (según los cuales el movimiento obrero podría lograr sus objetivos en el marco de las instituciones, debe ser enérgicamente combatida y denunciada por lo que representa: una cobertura para el abandono de la lucha por la expropiación de la burguesía; y, como resultado, una tendencia creciente a capitular ante los intereses de clase de la burguesía en momentos de crisis económica, política y social decisiva. Lejos de reducir los costos de "transformación social" y de asegurar una transición pacífica, aunque fuera más lenta, hacia el socialismo, semejante orientación política no puede conducir sino a derrotas sangrientas y a masacres masivas del tipo alemán, español o chileno, si logra determinar de manera decisiva el comportamiento político de los trabajadores en un período de confrontación inevitable entre las clases.

Partido único o pluripartidismo?

2.- La teoría marxista del estado no incluye de ninguna manera el concepto de que un sistema de partido único sería una condición previa necesaria o una característica del poder de los trabajadores, del estado obrero o de la dictadura del proletariado. En ningún escrito teórico de Marx, Engels, Lenin o Trotski, ni en ningún documento programático de la IIIa. Internacional, bajo Lenin, apareció nunca semejante defensa del sistema de partido único. Las teorías que se formularon más tarde, como la burda concepción stalinista según la cual las clases sociales habrían estado siempre representadas, o lo largo de la historia por un solo partido, son históricamente falsas y sólo sirven de apología para el monopolio del poder político usurpado por la burocracia soviética y sus herederos ideológicos en los otros estados obreros burocratizados, un monopolio fundado en la expropiación política de la clase obrera. La historia -incluidos los últimos sobresaltos en la República Popular de China- confirma que Trotski tenía razón cuando afirmaba: "Las clases son heterogéneas, están desgarradas por antagonismos internos y no llegan a sus fines

comunes sino a través de la lucha de tendencias, de los agrupamientos y de los partidos. . . No se encontrará en la historia política un solo partido que represente una clase única, si, por supuesto, no se toma una ficción policial por la realidad" (La Revolución Traicionada).

Fue cierto para la burguesía bajo el feudalismo. Es cierto para la clase obrera bajo el capitalismo. Seguirá siendo cierto para la clase obrera bajo la dictadura del proletariado y en el curso del proceso de construcción del socialismo.

En ese sentido, la libertad de organización de grupos, tendencias y partidos diferentes sin restricciones ideológicas constituye una condición previa para el ejercicio del poder político por la clase obrera. Sin tal libertad, no puede haber consejos de trabajadores real y democráticamente elegidos, ni un verdadero ejercicio del poder por parte de estos consejos de trabajadores. Socialmente, dicha libertad constituye una condición previa para que la clase obrera pueda llegar colectivamente, en tanto que clase, a un punto de vista común o por lo menos a un punto de vista mayoritario, sobre los innumerables problemas de táctica, estrategia, y aún de teoría (de programa) que implica la tarea gigantesca de construir una sociedad sin clases, bajo la dirección de masas tradicionalmente oprimidas, explotadas y aplastadas. Sin esta libertad de organizar grupos, tendencias y partidos políticos, no puede haber una real democracia socialista.

Los marxistas revolucionarios rechazan la desviación sustitucionalista, paternalista y burocrática del marxismo, que concibe la revolución socialista, la conquista del poder y el ejercicio del poder bajo la dictadura del proletariado, como la tarea del partido revolucionario que actúa "en nombre" de la clase o en el mejor de los casos, "con el apoyo" de la clase.

Si la dictadura del proletariado debe significar lo que las palabras mismas expresan y lo que está explícitamente formulado en la tradición teórica tanto de Marx como de Lenin, es decir, el poder de la clase obrera en tanto clase (de los "productores asociados"), si la emancipación de los trabajadores no puede ser más que la obra de los propios trabajadores y no el producto de un proletariado pasivo en vías de ser educado para su emancipación por administradores revolucionarios bondadosos y esclarecidos, entonces es evidente que el papel dirigente del partido revolucionario, tanto en la conquista del poder como en la construcción de una sociedad sin clases, sólo puede ser el papel de una dirección política de actividad masiva de la clase, sólo puede consistir en la conquista de la hegemonía política en el seno de una clase cada vez más comprometida en la autoactividad, en la lucha por conquistar la mayoría en el seno de la clase para sus proposiciones, valiéndose de medios políticos y no administrativos o represivos. Bajo la dictadura del proletariado, el poder de estado es ejercido por consejos de trabajadores democráticamente elegidos. El partido revolucionario lucha por una línea política correcta y por la dirección política en el seno de estos consejos de trabajadores, sin sustituirlos. Partido y estado —y, más aún, el aparato de partido y el aparato de estado— siguen siendo entidades estrictamente separadas y distintas. Además, el objetivo debe ser reducir el aparato del partido.

Pero los consejos de trabajadores realmente representativos y democráticamente elegidos, sólo pueden existir cuando las masas tienen el derecho de elegir en ellos a todos los que ellas deseen, sin distinciones y sin condiciones previas restrictivas en cuanto a las convicciones ideológicas y políticas de los delegados elegidos. De igual modo, los consejos de trabajadores sólo pueden funcionar democráticamente si todos los delegados elegidos gozan del derecho de poder constituir grupos, tendencias o partidos, si tienen acceso a los medios de difusión masiva, si pueden defender sus distintas plataformas ante las masas y si tienen el derecho de someterlos a debates públicos y a la confrontación con la experiencia. Cualquier restricción de afiliación a un partido limita la libertad del proletariado de ejercer el poder político, es decir, limita la democracia obrera, lo cual sería contrario a nuestro programa y a los intereses históricos de la clase obrera.

Si se dice que sólo los partidos y organizaciones que no tienen programa o ideología burguesas (y pequeño burguesas?) o que no están "comprometidos con la propaganda y/o la agitación antisocialista y antisoviética" pueden ser legalizados, por dónde se va a trazar la línea de demarcación? Se prohibirán los partidos que tengan una mayoría de sus miembros de extracción obrera pero que al mismo tiempo tengan una ideología burguesa? Cómo se puede conciliar tal posición con el concepto de elección libre de los consejos de trabajadores? Cuál es la línea de demarcación entre el "programa burgués" y "la ideología reformista"? Se deben prohibir entonces, los partidos reformistas? Hay que suprimir la Socialdemocracia?

Aunque más no sea sobre la base de la tradición histórica, es inevitable que tal influencia reformista continúe subsistiendo durante mucho tiempo en la clase obrera de muchos países. Dicha sobrevivencia no ha de reducirse mediante la represión administrativa; al contrario, este modo de represión tenderá más bien a reforzarla. El mejor medio para combatir las ilusiones e ideas reformistas es la combinación de una lucha ideológica y de la emergencia de condiciones materiales favorables a la desaparición de tales ilusiones. Pero esta lucha ideológica pierde mucha eficacia en condiciones de represión administrativa y de ausencia de un libre debate e intercambio de ideas.

Si el partido revolucionario hace agitación a favor de la prohibición de la socialdemocracia u otras formaciones reformistas, será mil veces más difícil mantener la libertad de tendencia y la tolerancia de fracciones en sus propias filas, puesto que la heterogeneidad política de la clase obrera tenderá, entonces, a reflejarse en el seno del partido único.

La verdadera alternativa no es o bien libertad para los que tienen un verdadero programa socialista, o bien libertad para todos los partidos políticos. La verdadera alternativa es la siguiente: o bien la democracia obrera con el derecho de las masas a elegir a todos los que eligen (incluidas las personas con ideologías o con un programa burgués o pequeño burgués) y libertad de organización política para los que resultaron electos; o bien una restricción decisiva de los derechos políticos de la propia clase obrera, con todas las consecuencias que derivan de ello. La restricción sistemática de la existencia de los partidos políticos conduce a la res

trición sistemática de la democracia obrera y tiende inevitablemente a restringir la libertad en el seno del mismo partido revolucionario de vanguardia.

Qué representan los partidos políticos?

3. Los marxistas revolucionarios rechazan todas las ilusiones espontáneas, según las cuales el proletariado sería capaz de resolver los problemas estratégicos y tácticos planteados por la necesidad de derribar el capitalismo y el estado burgués, de conquistar el poder de estado y de construir el socialismo, por medio de acciones de masa espontáneas sin una vanguardia consciente ni un partido revolucionario de vanguardia organizado, basado en un programa revolucionario que ha ya pasado la prueba de la experiencia histórica y en cuadros educados en ese programa y probados en una larga experiencia de lucha de clases.

Los argumentos de origen anarquista, retomados también por las corrientes ultrazquierdistas "consejistas", según las cuales los partidos políticos serían, por su propia naturaleza, formaciones "liberales-burguesas", extrañas al proletariado y que no tendrían lugar en el seno de los consejos de trabajadores porque su tendencia inherente consistiría en usurpar el poder político de manos de la clase obrera, son teóricamente falsos y políticamente nocivos y peligrosos. No es verdad que los grupos, tendencias y partidos políticos hayan aparecido solamente a partir del auge de la burguesía moderna. En el sentido fundamental (y no puramente formal) del término son mucho más viejos. Aparecieron con la emergencia de formas de gobierno en las que un número relativamente elevado de personas (opuesto a pequeñas comunidades de pueblo o asambleas tribales) participaban de una manera u otra en el ejercicio del poder político (por ejemplo, en la democracia de la Antiguidad).

Por cierto que los partidos políticos, en este sentido real (y no formal) del término, son fenómenos históricos cuyo contenido ha cambiado de una época a otra, como ocurrió durante las grandes revoluciones democrático-burguesas del pasado (particularmente con la gran revolución francesa pero no sólo en ese momento). La revolución proletaria tendrá un efecto análogo. Se puede predecir con seguridad que bajo una verdadera democracia obrera, los partidos políticos adquirirán un contenido mucho más rico y más amplio y conducirán luchas ideológicas de masas de una amplitud y con una participación de masas infinitivamente superiores a todo lo conocido bajo las formas más avanzadas de democracia burguesa.

De hecho, en cuanto las decisiones políticas superan un pequeño número de problemas rutinarios que pueden ser discutidos y resueltos por un pequeño grupo de personas, cualquier forma de democracia implica la necesidad de opciones estructuradas y coherentes sobre una gran cantidad de problemas ligados unos a otros; es decir, una elección entre líneas políticas y programas de recambio. Eso es lo que representan los partidos. La ausencia de tales alternativas estructuradas, lejos de acrecentar la libertad de expresión y de elección para una gran cantidad de personas, hace imposible cualquier tipo de gobierno por asambleas o consejos de trabajadores. Diez mil personas no pueden votar entre 500 posiciones diferentes. Si se quiere evitar que el poder caiga en manos de de-

magos, de grupos secretos de presión o de camarillas, hay que permitir la libre confrontación de un número limitado de opciones estructuradas y coherentes, es decir, de programas políticos y de partidos políticos, sin monopolios ni prohibiciones de ninguna clase. Eso hará que la democracia obrera sea a la vez significativa y operativa.

Además, la oposición anarquista y "consejista" contraria a la constitución de partidos políticos bajo la dictadura del proletariado, en el transcurso del proceso de construcción del socialismo, o bien constituye un discurso paradójico (es decir, la esperanza de que la masa de trabajadores se abstenga de constituir o de apoyar grupos, tendencias y partidos con líneas políticas y programas diferentes) en cuyo caso es simplemente utópica pues eso no se producirá; o bien constituye una tentativa para impedir o reprimir los esfuerzos de todos aquellos trabajadores que deseen llevar adelante una acción política con una base pluralista, en cuyo caso sólo puede favorecer objetivamente el proceso de monopolización burocrática del poder; es decir, exactamente lo opuesto de lo que desean los libertarios.

Muchas agrupaciones centristas o ultrazquierdistas han defendido una argumentación análoga, según la cual la expropiación al proletariado soviético del ejercicio directo del poder político tendría sus raíces en la propia concepción leninista de la organización, fundada en el centralismo democrático. Consideran que el esfuerzo de los bolcheviques para construir un partido que dirigiera al proletariado durante la revolución debería conducir inevitablemente a una relación paternalista, manipuladora y burocrática entre el partido y las masas trabajadoras, lo cual, por su parte, llevaría no menos inevitablemente a un monopolio del partido en el ejercicio del poder después de la revolución socialista victoriosa.

Esta argumentación es ahistórica y se funda en una concepción idealista de la historia. Desde un punto de vista marxista, es decir materialista-histórico, la causa fundamental de la expropiación política del proletariado soviético era material y socioeconómica, y no ideológica o programática. La pobreza general y el estado de retraso de Rusia, la relativa debilidad numérica y cultural del proletariado hacían imposible a largo plazo el ejercicio directo del poder por ese proletariado, si la revolución rusa permanecía aislada: tal fue el consenso no solamente entre los bolcheviques de 1917-18 sino entre las tendencias que invocaban el marxismo. El descenso catastrófico de las fuerzas productivas en Rusia (a consecuencia de la primera guerra mundial, de la guerra civil, de la intervención imperialista militar, del sabotaje de los técnicos pruburgueses, etc.) condujo a condiciones de escasez que favorecieron el crecimiento de privilegios especiales. Todos esos factores desembocaron en un debilitamiento cualitativo del proletariado, ya reducido. Además, importantes sectores de la vanguardia política de la clase, los que eran justamente más aptos para ejercer el poder, o bien murieron en la guerra civil, o bien dejaron sus empresas para incorporarse masivamente al Ejército Rojo o al aparato de estado.

Con el comienzo de la NEP, hubo una recuperación eco-

nómico pero el desempleo masivo y la decepción constante causada por los retrocesos y los derrotas de la revolución mundial alimentaron la pasividad política y una declinación general de la actividad política de masas, que se extendió hasta los soviets. La clase obrera fue así incapaz de frenar el crecimiento de una capa materialmente privilegiada, que, para mantener su poder, comenzó a restringir cada vez más los derechos democráticos y terminó por destruir los soviets y el propio partido bolchevique, mientras continuaba utilizando su nombre para sus propios fines. Esas son las causas principales de la usurpación del ejercicio directo del poder por la burocracia, de la fusión creciente entre el aparato del partido, el aparato de estado y el aparato de los managers económicos de una casta burocrática privilegiada.

Los historiadores marxistas pueden discutir el problema de si ciertas medidas concretas tomadas por los bolcheviques incluso antes de la muerte de Lenin favorecieron objetivamente el proceso de stalinización y si Lenin y Trotski no comprendieron sino tardamente la amplitud del peligro de la burocratización y hasta qué punto el aparato del partido había ya sido absorbido por ese proceso. Pero en el peor de los casos, se trata de causas suplementarias de la burocratización. Las causas principales de todos esos procesos fueron objetivas, materiales, económicas y sociales. Hay que descubrirlas en la infraestructura social de la sociedad soviética, no en su superestructura política y no ciertamente en una concepción particular del partido.

La experiencia histórica confirmó, por otra parte, que ante la ausencia de un partido revolucionario que dirija la revolución o que ejerza una gran influencia en su seno, los consejos de trabajadores no sobreviven mucho más de lo que ocurrió en Rusia, sino que, por el contrario, desaparecen más rápido todavía: Alemania de 1918 y la España de 1936-37 son los ejemplos más evidentes en la materia. Ante la ausencia de tal partido, no logran tampoco conquistar el poder de estado, es decir, derrotar el estado burgués. Los datos empíricos confirman, pues, la teoría marxista y demuestran que la combinación dialéctica entre la autoorganización libre y democrática de las masas trabajadoras, con la clarificación política que posibilita un partido de vanguardia revolucionaria, es la que reúne las mejores garantías para la conquista y el ejercicio continuo del poder por parte de la propia clase obrera.

Los consejos obreros y la extensión de los derechos democráticos

4. Sin libertad total para organizar grupos, tendencias y partidos políticos, no hay una plena y total exclusión de los derechos y libertades democráticas de las masas trabajadoras bajo la dictadura del proletariado. Toda la crítica de las limitaciones de la democracia burguesa desarrollada por Marx y por Lenin se funda en el hecho de que la propiedad privada y la explotación capitalista (es decir la desigualdad social y económica), ligadas a la estructura de clase específica de la sociedad burguesa (atomización y alienación de la clase obrera, legislación que defiende la propiedad privada, función del aparato de represión, etc.) tienen como consecuencia que aún los regímenes burgueses más democráticos limiten violentamente la aplicación práctica de los derechos democráticos, la posibilidad práctica de que la gran mayoría de

las masas trabajadoras gocen de las libertades democráticas. Pero la conclusión lógica que se desprende de esta crítica es que la democracia obrera debe ser superior a la democracia burguesa no solamente en lo que se refiere a la esfera económica y social- el derecho al trabajo, a la seguridad de existencia, a la educación gratuita, a las diversiones, etc.- lo cual es evidentemente de una extrema importancia, sino también por el alcance y la amplitud de los derechos democráticos de que gozan los trabajadores y todas las capas trabajadoras en la esfera política y cultural. Acordar a un partido único o a las supuestas "organizaciones de masas" o "asociaciones profesionales" (como las asociaciones de escritores), exclusivamente controladas por ese partido, un monopolio del acceso a las imprentas, a la radio, a la televisión y a otros medios de difusión masiva, o las salas de reunión, etc., significa de hecho limitar y no extender los derechos democráticos del proletariado comparados con los que gozaba en la democracia burguesa. El derecho de los trabajadores, incluso de los que no están de acuerdo con el gobierno, a tener acceso a los medios materiales para ejercer las libertades democráticas (libertad de prensa, de asamblea, de manifestación, de huelga, etc.) es esencial para asegurar esa extensión.

Entonces, la extensión de los derechos democráticos de los trabajadores más allá de los que ya gozaban bajo las condiciones de la democracia burguesa es incompatible con la restricción del derecho de formar grupos, tendencias y partidos políticos sobre bases programáticas o ideológicas.

Además, la autoactividad y la autoadministración de las masas trabajadoras en la dictadura del proletariado y en el proceso de construcción de una sociedad socialista adquirirán muchos aspectos nuevos y ampliarán el concepto de "actividad política" y de "partidos políticos", de "programas políticos" y de "derechos democráticos", mucho más allá de lo que es característico de la vida política de la democracia burguesa. Por medio de la televisión y del "time-sharing" (es decir, el acceso por teléfono a las máquinas de calcular electrónicas), la tecnología contemporánea posibilita un formidable salto hacia adelante en la interacción entre la democracia directa e indirecta (representativa). En las fábricas y barrios, los trabajadores pueden seguir en vivo las intervenciones de sus delegados en congresos locales, regionales, nacionales o internacionales de consejos, e intervenir directamente contra una presentación deformada de los hechos o una violación de mandato, si se crea una atmósfera general de crítica y debate políticos libres. Millones de trabajadores pueden tener acceso directo a una masa inmensa de información, ni bien se prohíbe y rompe el "secreto" y el monopolio capitalista de las informaciones centralizadas en los sistemas electrónicos. Pueden utilizarse instrumentos políticos como el referéndum sobre problemas específicos, para que las masas de trabajadores puedan resolver directamente una serie de problemas clave de orientación política.

Asimismo, pueden utilizarse ampliamente instrumentos de democracia directa, en el terreno de la planificación, con el fin de establecer cuáles son las preferencias reales de los consumidores, no por medio de instrumentos indirectos (los mecanismos del mercado), sino a través de las conferencias de productores y de consumidores, de las reuniones de masa

de consumidores, de referéndum sobre la elección de modelos, variedades y gradaciones de calidad de los bienes de consumo. Al respecto, la técnica contemporánea torna todos esos mecanismos mucho más realistas y más accesibles a millones de personas de lo que era objetivamente posible en el pasado.

La construcción de una sociedad socialista sin clases es también un formidable proceso de transformación de todos los aspectos de la vida social. Implica un cambio revolucionario constante no sólo de las relaciones de producción, del modo de distribución, del proceso del trabajo, de las formas de gestión de la economía y de la sociedad, de las costumbres de los hábitos y de los modos de pensamiento de la gran mayoría de la población, sino también una reconstrucción fundamental de todas las condiciones de vida: reconstrucción de ciudades, reunificación del trabajo manual e intelectual, revolución completa del sistema educativo, restablecimiento y defensa del equilibrio ecológico, revoluciones tecnológicas destinadas a conservar recursos naturales raros, etc.

Todos esos esfuerzos, para los cuales la humanidad no dispone, de todas maneras, de un plan preestablecido, darán lugar a debates y a luchas ideológicas de gran amplitud. Los distintos programas políticos que se refieran a esos problemas vinculados entre sí desempeñarán un papel mucho más importante que las referencias nostálgicas al pasado burgués o que las afirmaciones abstractas del ideal comunista. Pero cualquier restricción a los debates, luchas y formaciones de partido, bajo el pretexto de que tal o cual plataforma refleja "objetivamente" la presión o los intereses de la burguesía o de la pequeña burguesía, o incluso de que conduciría a la restauración del capitalismo - "si fuera aplicada hasta el fin", sólo lleva a impedir la emergencia de un consenso mayoritario en torno a las soluciones que serían más eficaces y más correctas para estos problemas candentes desde el punto de vista de la construcción del socialismo, es decir, desde el punto de vista de los intereses de clase del propio proletariado.

Hay que precisar más específicamente que, a lo largo del proceso de construcción de una sociedad sin clases, van a darse luchas sociales de gran amplitud contra los males sociales que tienen sus orígenes en la sociedad de clases pero que no desaparecerán inmediatamente con la supresión de la explotación capitalista y del trabajo asalariado. La opresión de la mujer, la opresión de las minorías nacionales, la opresión y la alienación de la juventud son arquetipos de tales problemas que no se pueden reunir automáticamente bajo el rótulo general de "lucha de clase del proletariado contra la burguesía", salvo si se divorcian las categorías "proletariado" y "burguesía" de sus definiciones y bases clásicas, marxistas y materialistas, como lo hicieron diversas corrientes maoístas y ultrazquierdistas.

La libertad política en la democracia obrera implica, entonces, la libertad de organización y de acción de movimientos independientes de emancipación de la mujer, de liberación nacional, de los jóvenes, es decir, movimientos más amplios que la clase obrera en el sentido científico del término, sin hablar de la corriente marxista revolucionaria en el seno de la clase obrera. Los marxistas revolucionarios serán capaces de ganar la dirección política en el seno de estos mo-

vimientos autónomos y de infligir una derrota ideológica a las diferentes corrientes utópicas o reaccionarias, no por medios administrativos o represivos sino, por el contrario, estimulando la democracia de masas más amplia posible en las filas de dichos movimientos y defendiendo sin ninguna reserva el derecho de todas las tendencias a defender sus posiciones y plataformas ante el conjunto de la sociedad.

Hay que reconocer también que la forma específica del poder de estado proletario implica una combinación dialéctica única de centralización y descentralización. El deterioro del estado, que debe empezar desde el comienzo de la dictadura del proletariado, se traduce en un proceso de transferencia gradual del derecho de gestión sobre sectores cada vez más amplios de actividad social (sistema de salud, sistema de educación, sistema de transportes colectivos, sistema de telecomunicaciones, etc.) a los interesados directos - internacional, nacional, regional y localmente - ni bien el congreso central de los consejos de trabajadores (es decir el proletariado en tanto clase) otorga, por voto mayoritario, la parte que corresponde a cada uno de estos sectores de los recursos materiales y humanos de que dispone la sociedad en su conjunto. Eso implica nuevamente formas y contenidos específicos de debates y de luchas políticas que no puedan predecirse con anterioridad ni reducirse de ninguna manera a "criterios de clase" simplistas y mecánicos.

Finalmente, la participación de millones de personas en el proceso de construcción de una sociedad sin clases, no sólo mediante el voto más o menos pasivo, sino también en la gestión real, a diversos niveles, no puede quedar limitada de manera obrerista únicamente a los "trabajadores comprometidos en la producción". Lenin precisó que, en el estado obrero, la inmensa mayoría de la población deberá participar directamente en la administración del estado. Eso significa que los consejos de trabajadores en los cuales se fundará la dictadura del proletariado no serán comités de fábrica, sino órganos de autoorganización de las masas en todas las esferas de la vida económica y social, incluidas evidentemente las fábricas, las unidades de distribución, los hospitales, las escuelas, los centros de telecomunicaciones y transportes y los barrios. Todo ello es indispensable para integrar al proletariado las capas más dispersas y a menudo más pobres y oprimidas, tales como las mujeres, las nacionalidades oprimidas, los jóvenes, los trabajadores de pequeñas empresas, los jubilados, etc. También es indispensable para cimentar la alianza entre la clase obrera y la pequeña burguesía inferior, lo cual es importante a los efectos de reducir los costos sociales de una revolución victoriosa y de la construcción del socialismo.

Una concesión esencial para ganar a las masas a la revolución socialista

5.- La defensa de un programa claro e inequívoco de democracia socialista constituye hoy parte indispensable de la lucha contra las direcciones reformistas, que intentan inculcar a los trabajadores de los países imperialistas, mitos e ilusiones democrático-burguesas. Asimismo es indispensable para luchar contra las ilusiones procapitalistas y los prejuicios antisoviéticos, que existen en las distintas capas de opresores de los estados obreros burocratizados, en el cunco del pro-

ceso de desarrollo de la lucha por la revolución política en esos países.

Tanto la experiencia histórica del fascismo (y otro tipo de regímenes de dictaduras burguesas reaccionarias) en Occidente, como la de Stalin, Mao y sucesores en el Este suscitaron en la clase obrera de los países imperialistas y de los estados obreros burocratizados una desconfianza profunda hacia cualquier forma de régimen de partido único y hacia cualquier justificación -por más sutil que sea- de restringir los derechos democráticos luego de derribar el capitalismo. Dicha desconfianza corresponde objetivamente a la tendencia fundamental de todas las revoluciones proletarias que se llevaron a cabo hasta ahora. Siempre se orientaron hacia los derechos democráticos y la autoactividad más amplias de las masas. Tal fue el caso desde la Comuna de París, pasando por las revoluciones rusa y alemana, la experiencia de la revolución española de 1936-37, hasta los ascensos revolucionarios más recientes en Francia (1968), Italia (1969-70) y Portugal (1974-75). Tal fue igualmente el caso del alza de la lucha antiburocrática de las masas en Alemania Oriental, Hungría, Polonia y Checoslovaquia desde los años '50.

La clase dominante utiliza todos los instrumentos ideológicos de que dispone, con el objeto de identificar las instituciones parlamentarias con el mantenimiento de los derechos democráticos. Tanto en Europa Occidental como en América del Norte, por ejemplo, los amos capitalistas intentan presentarse como los paladines de las preocupaciones democráticas de la clase obrera y de las masas populares, preocupaciones poderosamente fortalecidas por las experiencias negativas del fascismo y del stalinismo.

Uno de los elementos clave de la lucha para conquistar la dirección de las masas consiste en comprender correctamente la importancia de sus reivindicaciones y acciones democráticas, y en lograr expresarlas adecuadamente, con el objeto de neutralizar los repetidos esfuerzos de los reformistas para canalizar la lucha por las reivindicaciones democráticas en el impase de las instituciones parlamentarioburguesas.

Por eso, la tarea de arrebatar a los reformistas la función de representar las aspiraciones democráticas de las masas es una tarea crucial para los marxistas revolucionarios. La clarificación programática y la propaganda son manifiestamente insuficientes para alcanzar ese objetivo, cualesquiera sean, por otra parte, la importancia real de las mismas. Las masas aprenden a través de su experiencia práctica cotidiana; de allí la importancia de una participación en dicha experiencia, con miras a extraer de ella las lecciones correctas.

A medida que se exacerbe la lucha de clases, los dirigentes reformistas serán cada vez menos convincentes en su intento por poner de relieve las supuestas ventajas del sistema parlamentario burgués.

Los trabajadores discutirán cada vez más la autoridad y las prerrogativas de la clase dominante en todos los niveles. A través de sus propias organizaciones -desde los comités de fábrica hasta los consejos obreros (soviets)- los trabajadores comenzarán a ejercer una autoridad de decisión cada

vez mayor y adquirirán progresivamente confianza en sus propias fuerzas para derribar al estado burgués. En el transcurso de ese mismo proceso y a los efectos de conducir la lucha de la manera más eficaz, con la participación más amplia de las masas, los trabajadores comprenderán asimismo la necesidad de optar por las formas de organización más democráticas. Mediante esta experiencia de lucha y la participación en sus propias organizaciones conducidas de manera democrática, las masas lograrán mucha más libertad de acción y mayor libertad en el sentido más amplio del término, de la que nunca gozaron bajo la democracia parlamentaria burguesa. Así aprenderán el valor irremplazable en la cadena de acontecimientos que conduce de la dominación capitalista a la conquista del poder por el proletariado. También será una experiencia vital en la que podrá apoyarse la lucha por establecer las normas democráticas de un estado obrero.

Si -ya fuera por su propaganda o por su comportamiento práctico- los marxistas revolucionarios dieran la más mínima impresión de que, bajo la dictadura del proletariado, las libertades democráticas de los trabajadores -incluida la libertad de criticar al gobierno, de tener partidos de oposición y una prensa de oposición- estarán más restringidas que bajo la democracia burguesa, entonces la lucha por quebrar la preponderancia ideológica de todos los que, en el seno del movimiento obrero, propagan las ilusiones parlamentarias sería infinitamente más difícil, cuando no condenada de entrada al fracaso. Cualquier vacilación o ambigüedad al respecto por parte de la vanguardia revolucionaria sólo puede ayudar a los lacayos reformistas de la burguesía liberal a dividir el proletariado y a desviar un sector importante de la clase hacia la defensa de instituciones del estado burgués, bajo pretexto de garantizar los derechos democráticos.

Se ha argumentado que todo lo que precede no se aplica sino a los países y condiciones en que la clase de los asalariados representa ya una mayoría clara de la población activa, es decir, que no está enfrentada a una amplia mayoría de pequeños productores mercantiles. Es cierto que en algunos países semicoloniales, la debilidad de las antiguas clases dominantes conduce a relaciones de fuerza social tan favorables que se puede llevar a cabo el derrocamiento del capitalismo sin que haya una expansión de la democracia proletaria (China y Vietnam son los dos principales ejemplos sobre el particular). Pero hay que destacar el carácter excepcional de esas experiencias, que no se repetirán en la mayor parte de los países semicoloniales y que no pueden repetirse en los países imperialistas. Además, es menester destacar que, en la medida en que el derrocamiento del capitalismo en varios países retrasados no estuvo vinculado a la emergencia del poder directo de los trabajadores, ejercido a través de consejos de trabajadores democráticamente elegidos, esos estados obreros estaban condenados a burocratizarse desde su fundación. De allí derivan serios obstáculos en el camino hacia la construcción de una sociedad socialista sin clases, tanto interna como internacionalmente.

Del mismo modo, en la medida en que un número creciente de países semicoloniales experimentan actualmente procesos de industrialización parcial, su proletariado tiene des-

de hoy un peso relativo mayor en la población activa con respecto al que tuvo el proletariado ruso en 1917 o el proletariado chino en 1949. A través de su propia experiencia de lucha, el proletariado logrará rápidamente niveles de conciencia y de autoorganización que pondrá a la orden del día la creación de órganos de estado de tipo soviético. En ese sentido, el programa de la IVa. Internacional, que sostiene la democracia de los consejos de los trabajadores como base de la dictadura del proletariado, es un programa universal para la revolución mundial, que corresponde fundamentalmente a la naturaleza social, a las necesidades históricas y a la manera de pensar de la propia clase obrera. No es, de ningún modo, un "lujo" reservado a los trabajadores de los "países más ricos".

En respuesta a los Stalinistas

El Frente a nuestro programa de democracia socialista, fundado en el poder de los consejos de trabajadores y en un sistema pluripartidario, la única solución de recambio teórica y políticamente coherente y consecuente que puede formular quienes se declaren favorables a la dictadura del proletariado, es la concepción stalinista del ejercicio del poder de estado bajo la "dictadura del proletariado" por un partido único que actúe en nombre de la clase obrera. Esta solución de recambio se basa en las siguientes premisas (que no siempre son formuladas claramente):

a) El partido dirigente (o aún su "núcleo dirigente") de tenta un monopolio de conocimientos científicos y dispone de una infalibilidad garantizada (de la cual se deduce la conclusión teológica y escolástica que no se pueden otorgar los mismos derechos para difundir el error y para proclamar la verdad).

b) La clase obrera y, más aún, las masas trabajadoras en su conjunto, están demasiado retrasadas políticamente, demasiado influenciadas por la ideología burguesa y pequeñoburguesa, demasiado inclinadas a preferir ventajas materiales inmediatas, con relación a sus propios intereses históricos, como para que se pueda tolerar el ejercicio directo del poder de estado por consejos obreros democráticamente elegidos. Instaurar una verdadera democracia proletaria implicaría el riesgo de un número creciente de decisiones perjudiciales, hasta objetivamente contrarrevolucionarias, que abrirían el camino a la restauración del capitalismo o, en el mejor de los casos, perjudicarían y entorpecerían gravemente el proceso de construcción del socialismo.

c) Por esta razón, la dictadura del proletariado no puede ser ejercida sino por el "partido dirigente del proletariado" o, mejor aún, la dictadura del proletariado es la dictadura del partido (ya sea en calidad de representante de una clase obrera esencialmente pasiva, ya sea apoyándose activamente en la lucha de clase de las masas, a las que no obstante se considera ineptas para ejercer por sí mismas directamente el poder de estado.)

d) Dado que este partido y únicamente este partido representa los intereses de la clase obrera, que se consideran homogéneos en todas las situaciones y con respecto a todos los problemas, el "partido dirigente" debe ser también él, monolítico. Cualquier tendencia de oposición refleja necesariamente, de una u otra manera, una presión de clase hostil o intereses de clase hostiles a los del proletariado (la lucha entre

dos líneas -concluyen los mao-stalinistas- es siempre la lucha entre el proletariado y la burguesía en el seno del partido). La culminación lógica de esta concepción es el control monolítico por el partido único de todas las esferas de la vida social. Se debe establecer el control directo del partido sobre todos los sectores de la "sociedad civil".

e) Otra hipótesis que subyace en toda esta concepción es la intensificación de la lucha de clases en el curso del proceso de construcción del socialismo (aunque esta hipótesis no conduzca necesariamente a las mismas conclusiones, si no se la combina con las premisas precedentes). Se deduce de esta hipótesis que puede ir en aumento el peligro de restauración del capitalismo, incluso mucho tiempo después de la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, y ello independientemente del nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas. El peligro de restauración del capitalismo es presentado como el resultado mecánico de la victoria de la ideología burguesa en tal o cual dominio social, político, cultural y aún científico. Ante el poder extremo que se atribuye así a las ideas burguesas, el empleo de la represión contra aquellas a quienes se considera transmisores de las mismas, el corolario lógico del análisis.

Todas estas premisas e hipótesis, desde un punto de vista teórico general, son acientíficas e indefendibles a la luz de la experiencia histórica real de la lucha de clases durante y después del derrocamiento del poder capitalista en la URSS y en otros países. En muchas oportunidades se revelaron como perjudiciales para la defensa de los intereses de clase del proletariado, como obstáculos para una lucha eficaz contra los restos de la burguesía y de la ideología burguesa. En la medida en que se convirtieron en dogmas casi universalmente aceptados por los PC de la época de Stalin y como poseen una cohesión interna indiscutible -que refleja los intereses materiales de la burocracia en tanto capa social- desde entonces no fueron nunca explícita y completamente criticadas ni rechazadas por ningún PC. Tales conceptos siguen arrastrándose, al menos parcialmente, en la ideología de muchos dirigentes y cuadros del PC e incluso del PS, es decir, de las burocracias del movimiento obrero. Siguen sirviendo como reserva conceptual de donde se extraen las justificaciones para diversas formas de limitación de los derechos democráticos de las masas trabajadoras en los estados obreros burocratizados, como así también de sectores del movimiento obrero dominados por los PC en los países capitalistas. Por consiguiente, es indispensable una refutación clara y coherente de estas concepciones, para la defensa de nuestro programa de democracia socialista.

En primer lugar: la idea de una clase obrera homogénea, exclusivamente representada por un sólo partido, está en contradicción con toda la experiencia histórica y con todo el análisis marxista, materialista, del crecimiento y desarrollo concretos del proletariado contemporáneo, tanto bajo el capitalismo como después de su derrocamiento. A lo sumo, se puede defender la tesis según la cual el partido revolucionario de vanguardia representa, en el plano programático, los intereses históricos a largo plazo del

proletariado. Pero, aún en ese caso, un análisis fundado en la dialéctica materialista en oposición a un análisis mecanicista-idealista, añadiría inmediatamente que sólo en la medida en que dicho partido conquistara efectivamente la dirección política de la mayoría de los trabajadores, se podría hablar de una integración de los intereses de clase inmediatos e históricos realizados en la práctica, con una gran reducción de los riesgos de error de interpretación de tales intereses.

En realidad, hay una estratificación efectiva y objetivamente determinada de la clase obrera y del desarrollo de la conciencia obrera. Igualmente, hay al menos una tensión entre la lucha por los intereses inmediatos y los fines históricos del movimiento obrero (por ejemplo, después de la conquista del poder, la contradicción entre el consumo inmediato y las inversiones a largo plazo). Precisamente estas contradicciones, enraizadas en la herencia del desarrollo de la propia sociedad burguesa, constituyen una de las justificaciones teóricas principales de la necesidad de una vanguardia revolucionaria, opuesta a la idea de una "unión" que incluya pura y simplemente a todos los asalariados en un solo partido. Pero, a su vez, ello implica que no se pueda negar que diferentes partidos, con orientaciones y métodos diferentes para encarar la lucha de clases entre el Capital y el Trabajo y las relaciones entre los fines inmediatos y los fines históricos del movimiento obrero, puedan surgir y haber surgido en el seno de la clase obrera y representen realmente sectores de la clase obrera (aunque más no fueran intereses puramente sectoriales, presiones ideológicas de clase adversas, etc.)

En segundo lugar, es indiscutible que un partido revolucionario, con una vida democrática interna dispone de una ventaja enorme en el terreno del análisis correcto de la evolución socioeconómica y política, y en el de la elaboración correcta de las respuestas tácticas y estratégicas ante esta evolución, debido a que puede basarse en la suma del socialismo científico -el marxismo- que sintetiza y generaliza todas las experiencias pasadas de la lucha de clases, tomadas en su conjunto. Este punto de partida de la elaboración política corriente lo hace mucho menos propenso que cualquier otra tendencia del movimiento obrero o sector no organizado de la clase obrera, a llegar a falsas conclusiones, a generalizaciones prematuras, a reacciones unilaterales e impresionistas ante desarrollos imprevistos, a hacer concesiones a la presión ideológica y política de fuerzas de clase adversas, a concertar compromisos políticos sin principios, etc. Estos hechos indudables, confirmados constantemente con cada giro de los acontecimientos desde hace más de tres cuartos de siglo, a partir de la aparición del bolchevismo, constituyen los argumentos más poderosos a favor de un partido revolucionario de vanguardia.

Pero no garantizan automáticamente que el partido no cometa errores. No hay partidos infalibles; no existen tampoco direcciones de partido, mayorías de partidos, "comités centrales leninistas" o dirigentes individuales de partido infalibles. El programa marxista no es nunca un programa definitivamente acabado. No hay ninguna situación nueva que pueda ser enteramente analizada en función de precedentes

históricas. La realidad social está sometida a incesantes modificaciones. Con los giros históricos se producen regularmente desarrollos nuevos e imprevistos. Marx y Engels no pudieron analizar el fenómeno del imperialismo, que sólo se desarrolló plenamente después de la muerte de Engels. Los bolcheviques no previeron el retraso de la revolución proletaria en los países imperialistas avanzados. La degeneración burocrática del primer estado obrero no fue incorporada a la teoría leninista de la dictadura del proletariado. La aparición de una serie de estados obreros -aunque incluyeran deformaciones burocráticas-, como culminación de luchas revolucionarias de masas no dirigidas por direcciones marxistas revolucionarias, luego de la segunda guerra mundial, no había sido prevista por Trotski. No se puede encontrar una respuesta completa y total a los fenómenos nuevos en las obras clásicas o en los programas existentes.

Además surgirán nuevos problemas en el curso de la construcción del socialismo, problemas para cuya solución el programa marxista revolucionario no proporciona sino un cuadro de referencia general, pero no una fuente automática de respuestas correctas. La lucha por respuestas correctas a tales problemas exige una interacción constante entre un análisis y una discusión teóricopolítica, y una práctica revolucionaria de clase; la última palabra la tiene la experiencia práctica.

En esas condiciones, cualquier restricción a la libertad de discusión política y teórica que lleve a una restricción de la libre actividad política de masas del proletariado, es decir, cualquier restricción a la democracia socialista, constituirá un obstáculo aún para que el partido revolucionario llegue a definir una línea política correcta. No es, pues, falso sólo desde el punto de vista teórico, sino también ineficaz en la práctica y perjudicial desde el punto de vista del progreso en el camino de la construcción del socialismo.

Una de las consecuencias más graves de un sistema de partido único monolítico, de la ausencia de pluralidad de grupos, tendencias y partidos políticos, y de restricciones administrativas impuestas a la libertad de discusión política e ideológica, es el obstáculo que pone tal sistema en cuanto a una rápida corrección de los errores cometidos por el gobierno de un estado obrero. Estos errores, como también los que comete la mayoría de la clase obrera, sus capas y diversas agrupaciones políticas, en gran medida son inevitables en el curso del proceso de construcción de una sociedad socialista sin clases. Pero es posible una corrección rápida de los errores dentro de un clima de discusión política libre, de libre acceso de los grupos opositores a los medios masivos de difusión, de sensibilidad y compromiso político en gran escala de las masas, y de control por parte de estas masas de la actividad del gobierno y del estado en todos los niveles.

La ausencia de todos esos correctivos bajo un sistema de gobierno de partido único monolítico hace mucho más difícil la corrección de graves errores. El dogma de la infalibilidad del partido, en el cual se alienta el sistema stalinista, implica por sí mismo que el reconocimiento de los errores se demorará al máximo (se fomenta la búsqueda de autojustificaciones o de chivos emisarios) y lo mismo sucederá con las correcciones de línea aunque sea implícitas. Los costos objetivos de semejante sistema, en términos de pérdidas económicas, de

sacrificios inútiles, es decir objetivamente evitables impuestos a las masas trabajadoras, de derrotas políticas ante los enemigos de clase, y de desorientación y desmoralización políticas del proletariado son extraordinariamente elevados, como lo demuestra la historia de la Unión Soviética desde 1928. Para dar solo un ejemplo: la manera como Stalin y sus secuaces se embarcaron en una política agrícola errónea provocó durante más de una generación un verdadero desastre para el abastecimiento del pueblo soviético. Sus últimas consecuencias negativas hasta hoy no han sido aún eliminadas, es decir, cerca de medio siglo más tarde. Tan grave catástrofe hubiera sido imposible si hubiera habido una discusión política libre en la URSS, con respecto a soluciones de recambio para los problemas agrícolas.

En tercer lugar: es totalmente absurda la idea de que una restricción de los derechos democráticos del proletariado podría, de alguna manera, favorecer la "educación" gradual de una masa supuestamente retrasada de trabajadores. No se puede aprender a nadar sin echarse al agua. Las masas no tienen otros medios para elevar el nivel de su conciencia política que no sea comprometiéndose en la actividad política y aprendiendo de la experiencia de tal actividad. No hay otro medio para aprender a evitar errores que tener, al menos, el derecho de cometerlos. Los prejuicios paternalistas con respecto al pretendido carácter "retrasado" de las masas encubre generalmente un temor conservador pequeño-burgués hacia la actividad de las masas, que nada tiene de común con el marxismo revolucionario. Cualquier restricción a la actividad política de las masas, so pretexto de que las masas cometerían demasiados errores, no puede conducir sino a una oposición política creciente entre los trabajadores; es decir que paradójicamente refuerza precisamente el estado de hecho que justificaría esa restricción.

En cuarto lugar: en condiciones de socialización más o menos generalizada de los medios de producción y del excedente social, cualquier monopolio a largo término de ejercicio del poder político en manos de una minoría -aunque sea un partido revolucionario imbuido en principio de reales motivaciones revolucionarias proletarias- corre grandemente el riesgo de estimular tendencias objetivas hacia la burocratización. En tales condiciones socioeconómicas, quienquiera que controle la administración del estado, controla por ello el excedente social y su distribución. Como en un comienzo todavía subsistirán las desigualdades económicas, sobre todo en los estados obreros económicamente retrasados, eso puede llegar a ser una fuente de corrupción y de desarrollo de privilegios materiales y de diferenciaciones sociales. Hay, pues, una necesidad objetiva de que exista un control real sobre los procesos en que se toman decisiones, y ello por parte del proletariado en tanto clase, con ilimitadas posibilidades para denunciar el engaño, el despilfarro, la apropiación ilegal y la utilización abusiva de los recursos económicos en todos los niveles, incluso los más elevados. Pero semejante control democrático de masas es imposible sin la existencia de tendencias, grupos y partidos opuestos, que gocen de completa libertad de acción, de propaganda, de agitación y de un acceso pleno a los medios masivos de difusión.

Del mismo modo, en el curso del período de transición entre el capitalismo y el socialismo, y aún en el curso de la

primera fase del comunismo (la fase socialista), subsistirán inevitablemente formas de división del trabajo (ante todo la separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual), como también formas de organización del trabajo y de procesos de trabajo, entera o parcialmente heredadas del capitalismo y que no permiten un desarrollo pleno y completo de toda la capacidad creadora de todos los productores. Esto no puede ser neutralizado por la educación, el adoctrinamiento, la exhortación moralizante o campañas periódicas de "crítica de masas", como afirman los maoístas, y menos aún por expedientes mistificadores, como hacer trabajar a los cuadros como obreros manuales un día por semana. Estos obstáculos objetivos en el camino de la emergencia gradual de relaciones de producción realmente socialistas podrían llegar a ser poderosas fuentes de privilegios materiales. Sólo se la podrá evitar a condición de separar estrictamente la división funcional del trabajo, de la división social del trabajo; es decir, si la masa de productores (en primer lugar los que corren el riesgo de ser los más explotados, a saber, los trabajadores manuales) es ubicada en condiciones que le permitan ejercer realmente el poder político y social sobre cualquier capa "funcionalmente" privilegiada. La reducción radical de la jornada de trabajo y la más amplia democracia soviética son las dos condiciones claves para alcanzar ese objetivo.

Las condiciones actuales que hacen particularmente difícil la tarea de mantener y hacer progresar la democracia proletaria, se verían evidentemente modificadas de manera cualitativa si (o cuando) se produjera uno de los siguientes desarrollos:

- 1) Una revolución socialista en uno o en varios países capitalistas industrialmente más avanzados. Semejante revolución daría por sí misma un impulso enorme a la lucha por los derechos democráticos a través del mundo y abriría inmediatamente la posibilidad de acrecentar la productividad en gran escala, eliminando la escasez que es la base fundamental de la consolidación del burocratismo parasitario, como explicamos más arriba;
- 2) Una revolución política en los estados obreros burocráticamente deformados o degenerados, sobre todo en la Unión Soviética o en la R.P. de China. Eso entrañaría igualmente un ascenso de la democracia proletaria con repercusiones internacionales colosales, poniendo fin a la existencia de la casta burocrática y a su concepción de construir "el socialismo en un solo país".

Semejante revolución política haría posible una planificación económica común de todos los estados obreros, asegurando un salto adelante de la productividad que ayudaría a eliminar la base económica del burocratismo parasitario, aún antes de que se produjeran las revoluciones socialistas en los países capitalistas industrialmente avanzados.

Finalmente, es cierto que no hay ni correlación ni simultaneidad automática entre la abolición del poder de estado burgués y de la propiedad privada de los medios de producción, por una parte, y la desaparición de los privilegios en el dominio de la riqueza privada, de la herencia cultural y de la influencia ideológica, por otra parte, sin hablar de la desaparición de todos los elementos de producción mercantil. Mucho después de que se derribe el poder de estado bur-

gués y de que sea abolida la propiedad capitalista, los restos de la pequeña producción mercantil y la supervivencia de elementos de economía monetaria continuarán creando el marco en el que podría reiniciarse la acumulación primitiva del capital, sobre todo si el nivel dado de desarrollo de las fuerzas productivas es aún insuficiente para garantizar la aparición y consolidación automática de relaciones de producción realmente socialistas. Asimismo, mucho después de que la burguesía haya perdido sus posiciones, en tanto clase política y económicamente dominante, se mantendrá la influencia de las ideologías, costumbres, hábitos, valores culturales burgueses y pequeñoburgueses en esferas relativamente amplias de la vida social y en amplias capas de la sociedad.

Pero es completamente falso extraer de este hecho indiscutible (que dicho sea de paso, constituye una de las razones principales por las cuales es indispensable el poder de estado en manos del proletariado para evitar que esas "islas de influencia burguesa" se transformen en bases de restauración del capitalismo) la conclusión de que la represión administrativa de la ideología burguesa sea una condición necesaria para la construcción de una sociedad socialista. Al contrario, la experiencia histórica confirma la ineficacia total de las luchas administrativas contra las ideologías reaccionarias burguesas y pequeñoburguesas. De hecho, tales métodos terminan incluso por reforzar la influencia, a largo plazo, de esas ideologías; desarman ideológicamente a la gran masa del proletariado ante estas mismas ideologías, como consecuencia de una falta de experiencia en debates políticos e ideológicos reales y por una falta de credibilidad de los "doctrinas de estado" oficiales.

El único medio eficaz para eliminar la influencia de esas ideologías sobre la masa de trabajado res radica en:

a) la creación de condiciones objetivas en las cuales dichas ideologías pierdan las raíces materiales de su reproducción;

b) la conducción de una lucha sin tregua contra esas ideologías en el terreno de la ideología misma. Pero tal lucha no puede alcanzar pleno éxito sino en condiciones de debate y confrontación abiertos, es decir, de libertad para los defensores de ideologías reaccionarias de defender sus ideas, de pluralismo ideológico-cultural.

Únicamente los que no tienen ni confianza en la superioridad de las ideas marxistas y materialistas, ni confianza en el proletariado y en las masas trabajadoras, pueden temer la confrontación ideológica abierta con las ideologías burguesas y pequeñoburguesas, bajo la dictadura del proletariado. Cuando la clase burguesa está desarmada y expropiada, cuando sus miembros sólo tienen acceso a los medios masivos de difusión en relación con su número y no con su fortuna, no hay razón para temer una confrontación constante, libre y franca entre sus ideas y las nuestras. Esta confrontación constituye el único medio por el cual la clase obrera puede educarse ideológicamente y puede liberarse con éxito de la influencia de las ideas burguesas y pequeñoburguesas.

Cualquier situación de hecho que otorgue a los marxistas (sin hablar de una versión o de una interpretación particular del marxismo) un monopolio en el terreno ideológico y cultural, por medios de estado administrativos y represivos, só-

lo puede conducir a la degradación del propio marxismo, de una ciencia crítica a una forma de doctrina de estado o de religión de estado, con un poder de atracción constantemente reducido con relación a las masas trabajadoras y sobre todo a la juventud. Eso ya se expresa hoy en la Unión Soviética, donde la posición de monopolio acordada al "marxismo oficial" oculta la pobreza real del pensamiento marxista creador en todos los terrenos. El marxismo, que es un pensamiento crítico por excelencia, sólo puede florecer en una atmósfera de libertad de discusión plena y completa, de confrontación constante con otras corrientes de pensamiento; es decir, en una atmósfera de pluralismo ideológico y cultural pleno y completo.

"El partido necesita de la ciencia socialista y ésta no puede vivir sin libertad de movimiento" (Engels, Carta a Bebel del 1-2 de mayo de 1891, MEW, vol. 38, pág. 94).

La autodefensa del estado obrero

7. El estado obrero debe evidentemente defenderse contra las tentativas para derrocarlo y contra las violaciones abiertas de sus leyes fundamentales. En una democracia proletaria, la constitución y el código penal prohibirán la apropiación privada de los medios de producción y el alquiler privado de la fuerza de trabajo, del mismo modo que bajo el reinado de la burguesía, la constitución y el código penal prohíben la usurpación privada sobre el derecho de la propiedad privada. Igualmente, mientras no estemos en una sociedad sin clases, mientras sobreviva el poder de estado proletario y siga siendo posible la restauración del capitalismo, la constitución y el código penal de la dictadura del proletariado impedirán y castigarán los actos de insurrección armada, las tentativas para derrocar el poder de la clase obrera mediante la violencia, los atentados terroristas contra representantes del poder de los trabajadores, los actos de sabotaje, de espionaje al servicio de potencias capitalistas extranjeras, etc. Pero solamente deberán ser castigados los actos comprobados de esta índole y no la propaganda general explícita o implícitamente favorable a la restauración del capitalismo. Esto significa que se deberá acordar la libertad de organización política a todos los que, en los hechos, respeten la constitución del estado obrero, incluido los elementos proburgueses; es decir, que no estén comprometidos en acciones violentas para derrocar el poder de los trabajadores y la propiedad colectiva de los medios de producción. No hay razón para que los trabajadores consideren como un peligro mortal la propaganda que los "incite" a devolver las fábricas y los bancos a los propietarios privados. Hay poco riesgo de que, en su mayoría, sean "persuadidos" por una propaganda de ese tipo. En los países imperialistas, en los estados obreros burocratizados y en una cantidad creciente de países semicoloniales, la clase obrera es suficientemente fuerte como para no temer que reintroducir, en el código penal o en la práctica cotidiana del estado obrero, el "delito de opinión".

Esta es nuestra norma programática y de principio: libertad política ilimitada para todos los individuos, grupos, tendencias y partidos que, en los hechos, respeten la propiedad colectiva y la constitución del estado obrero. Eso no significa que las normas puedan aplicarse plenamente sin re-

ferencia a las condiciones concretas. En el proceso de constitución y de consolidación de la dictadura del proletariado, la burguesía ha desencadenado guerras civiles o intervenciones militares internacionales. En condiciones de guerra civil o de intervención militar extranjera, es decir, de tentativas de las viejas clases dominantes para derribar por la violencia el poder de los trabajadores, se aplican las leyes de la guerra y podrán aplicarse restricciones a la actividad política de la burguesía. Ninguna clase social y ningún estado acordó jamás el pleno goce de los derechos políticos a aquellos que estaban comprometidos en acciones violentas para derribarlos. La dictadura del proletariado no podrá actuar, al respecto, de otra manera.

Pero lo importante es establecer una distinción neta entre las actividades que instigan a la violencia contra el poder de los trabajadores y las actividades políticas, posiciones ideológicas o declaraciones programáticas que puedan ser interpretadas como favorables a la restauración del capitalismo. Contra el terror, el estado proletario se defiende con la represión. Contra las proposiciones políticas o las ideas reaccionarias, se defiende con la lucha política e ideológica. No es una cuestión de "moralidad" o de adoptar posiciones "blandas". Es esencialmente una cuestión de eficacia práctica a largo plazo.

La experiencia desastrosa del stalinismo, que abusó sistemáticamente de acusaciones calumniantes de colusión con el "imperialismo", espionaje al servicio de potencias extranjeras, agitación "antisocialista" o "antisoviética", con el objeto de suprimir cualquier forma de crítica política, de oposición o simplemente de no conformismo en los países donde reinaba una burocracia parasitaria, y que organizó una represión masiva, bárbara con dicho pretexto, ha creado una desconfianza profunda y fundamentalmente sana con respecto al abuso de las instituciones penales, jurídicas o policiales, con fines de represión política. Es, pues, necesario insistir sobre el hecho de que el empleo de medios represivos de autodefensa, por parte del proletariado y de su estado, contra las tentativas para derribar el poder de los trabajadores mediante la violencia, debe circunscribirse estrictamente a crímenes y actos comprobados, o sea, estrictamente separado del terreno de las actividades ideológicas, políticas y culturales. Ello significa, además, que la IVa. Internacional se pronuncie por la defensa y extensión de las conquistas más progresistas de las revoluciones democrático burguesas en el terreno del código penal y de la justicia y que luche por su incorporación a la constitución y al código penal socialista. Eso se refiere a derechos como:

a) La necesidad de la ley escrita y la falta de acción en materia de delincuencia retroactiva. La acusación debe aportar la prueba del delito; el acusado es considerado inocente hasta que se presente dicha prueba.

b) Los derechos plenos y completos de todos los individuos para determinar su propia defensa. Inmunidad plena y completa de los abogados para cualquier declaración o tipo de defensa seguida durante un proceso.

c) El rechazo de cualquier concepto de responsabilidad colectiva de grupos sociales, de familias, etc.

d) La extensión y generalización de los procesos ante jurados.

f) La elección democrática de todos los jueces, con de -

14

recho a revocación de los electos a voluntad de los electores.

Nuevamente, la garantía fundamental contra cualquier abuso de represión por parte del estado reside en la más amplia participación de las masas trabajadoras en la actividad política, en la democracia socialista más amplia y en la abolición de cualquier monopolio de acceso a las armas para minorías privilegiadas, es decir, en el armamento general del proletariado (milicias obreras).

Además, si las condiciones de guerra civil hacen inevitables algunas restricciones de derechos democráticos, la naturaleza fundamental y los límites de tales restricciones deben ser claramente comprendidos. Es necesario explicar clara y francamente ante toda la clase obrera, que tales restricciones son desviaciones de normas programáticas que corresponden a los intereses históricos del proletariado, que son la excepción y no la regla. Eso significa que deberán quedar limitadas al máximo, tanto en cuanto a su amplitud, como a su duración, y deberán ser revocables lo más rápidamente posible. Eso significa también que los trabajadores deberán ser especialmente alertados sobre la necesidad de impedir que dichas restricciones se institucionalicen y eleven al nivel de principio.

Es igualmente necesario insistir sobre la responsabilidad política y material directa de la contrarrevolución burguesa para cualquier restricción de democracia socialista bajo condiciones de guerra. Ello significa que hay que indicar claramente a la sociedad en su conjunto, y a los restos de las antiguas clases dominantes, que la manera como serán tratadas depende esencialmente de ellas, es decir, de su comportamiento práctico.

La sobrevivencia temporaria de estados imperialistas poderosos y de clases burguesas ricas en el mundo genera una situación más o menos permanente de confrontación potencial de clase a escala mundial y, en consecuencia, una situación de guerra civil más o menos potencial. Pero la necesidad evidente del estado obrero de protegerse contra la amenaza de intervención imperialista extranjera no implica, en absoluto, la identificación de una guerra civil potencial con una guerra civil real, identificación que los stalinistas de todos los pelajes utilizaron continuamente para justificar el estrangulamiento de la democracia obrera en los países bajo la dominación de una burocracia parasitaria. Además, el establecimiento de un régimen de partido único monolítico en un estado obrero no acrecienta su capacidad de autodefensa contra la agresión imperialista. Ocurre justamente lo contrario. La existencia de un régimen de democracia socialista haría más difícil cualquier agresión militar imperialista so pretexto de la "defensa de la libertad". Un elevado nivel de comprensión y de convicción política por parte de las masas trabajadoras; un elevado nivel de actividad, de movilización y de vigilancia política de su parte; una educación y una actividad internacionalistas del proletariado, contribuyen a transformar un estado obrero en un polo de atracción poderoso para la clase obrera internacional. El estado obrero, evidentemente, debe desarrollar un sistema militar moderno y de información sobre la defensa contra los estados burgueses que le son hostiles. Pero el apoyo de la clase obrera internacional es mil veces más eficaz, desde el

punto de vista de su defensa, que una poderosa policía se crea constantemente en busca de "infiltraciones internacionales" y de "espías". A la larga los métodos policiales debilitan la capacidad de autodefensa del proletariado victorioso contra enemigos externos.

Finalmente, es necesario insistir sobre el hecho de que el problema principal que se plantea hoy en la URSS, en la R.P. de China y en los estados obreros de Europa Oriental, no es el peligro de restauración capitalista, en condiciones de guerra o de guerra civil. El problema principal con el que se enfrenta la clase obrera de esos países es el control dictatorial de la vida económica y social, por una casta burocrática privilegiada. Por consiguiente, en las condiciones actuales, es mucho más importante colocar el acento principal en la defensa de los derechos democráticos de todos, contra las restricciones impuestas por la burocracia.

Un aspecto fundamental del programa de la revolución socialista

El balance de cincuenta años de poder de la burocracia, que comienza con el ascenso del régimen stalinista en la URSS, y de veinticinco años de crisis mundial del stalinismo, puede resumirse de la manera siguiente:

a) A pesar de todas las diferencias específicas entre los diferentes estados obreros europeos y asiáticos, y de todos los cambios que se han producido, todos continúan caracterizándose por la ausencia de un poder directo de los trabajadores —es decir, de consejos de trabajadores o de trabajadores y campesinos que ejerzan directamente el poder de estado— institucionalizado y constitucionalmente garantizado. En todas partes subsiste de hecho un sistema de partido único, expresión del monopolio completo del ejercicio del poder real, en todas las esferas de la vida social, por parte de burocracias privilegiadas. La ausencia del derecho a la constitución de tendencias en el seno del partido único, la negación del centralismo democrático real en el sentido leninista de la palabra, completan la existencia de dicho monopolio en el ejercicio del poder de estado. La naturaleza parasitaria de las burocracias materialmente privilegiadas implica, además, que, en grados diversos, se levantan enormes obstáculos adicionales al camino hacia la revolución socialista mundial y hacia la construcción del socialismo. La transición del capitalismo hacia el socialismo se embotana, la creatividad es estrangulada, y una enorme masa de riqueza social es mal utilizada y despilarrada.

b) No obstante las numerosas críticas parciales al sistema político y económico existente en la URSS y en los otros estados obreros burocratizados, formuladas por las distintas corrientes ideológicas que se desarrollaron a partir de la crisis de posguerra del stalinismo (titismo, maoísmo, castrismo), "eurocomunismo" y centrismo de izquierda de tipo italiano, español, de Alemania Occidental, etc.), ninguna de estas corrientes formuló una solución de recambio fundamentalmente diferente al modelo stalinista de la URSS. Frente a la estructura del poder burocrático, ninguno de ellos ofrece una solución de recambio coherente de poder directo ejercido por la clase obrera. No es posible comprensión alguna del problema del stalinismo sin un análisis marxista de la buro-

cracia en tanto fenómeno social específico. No es posible ninguna solución de recambio con relación al poder de la burocracia (o de la restauración del capitalismo) sin la institucionalización del poder directo del proletariado, a través de consejos de trabajadores (o consejos de obreros y campesinos) democráticamente elegidos, con un sistema pluripartidario y derechos democráticos plenos y completamente garantizados a todos los trabajadores, sobre la base de una autogestión planificada y democráticamente centralizada de la economía, por parte de los productores asociados.

La corriente que se denomina "eurocomunista", al acentuar sus críticas a los dogmas y tácticas de la burocracia en la URSS y en Europa Oriental y al ampliar su polémica con el Kremlin, propone a la suma una reforma de los peores excesos del régimen stalinista, más bien que un cambio revolucionario. Los partidos "eurocomunistas" no han cortado el cordón umbilical que los liga a la burocracia soviética y continúan ofreciendo justificaciones y apologías "objetivistas" a los crímenes pasados de la burocracia y las formas presentes del poder burocrático. Además, en los países imperialistas, su línea general de colaboración de clases y de mantenimiento del orden burgués aún ante fuertes explosiones de lucha de masas, limita necesariamente su pretensión de respetar la democracia en el seno del movimiento obrero, sobre todo en el seno de las organizaciones de masas que ellos controlan y en el seno de sus propios partidos. En sus críticas, sistemáticamente borrarán las diferencias entre la democracia burguesa y la democracia obrera y, con el pretexto de combatir el régimen de partido único en la URSS, defienden, en realidad, el concepto de que la única política de recambio con relación al poder de la burocracia a través de un partido, son las instituciones parlamentarias burguesas y negativa a cuestionar el estado burgués. En ese sentido, reintroducen en el movimiento obrero las tesis generales de la socialdemocracia clásica, referidas a la transición "pacífica" y "gradual" hacia el socialismo.

A la luz de todos esos fracasos, el programa de la IVa. Internacional sobre la dictadura del proletariado, el poder directo de los trabajadores ejercido a través de consejos de trabajadores electos, y la pluralidad de partidos soviéticos, emerge como la única solución de recambio coherente y sería con respecto a las dos revisiones fundamentales del marxismo, que encarnan el reformismo socialdemócrata y la codificación stalinista del poder monopolista de una casta burocrática usurpadora. Este programa que, en sus líneas principales, prolonga la continuidad de la tradición de los escritos de Marx y de Engels sobre la Comuna de París, a través de "El Estado y la Revolución" de Lenin, los documentos de los primeros congresos de la Internacional Comunista sobre la dictadura del proletariado, fue enriquecido a la luz de las experiencias posteriores de las revoluciones proletarias y de la degeneración o deformación burocrática de los estados obreros, ante todo por Trotski en "La Revolución Traicionada" y en los documentos de fundación de la IVa. Internacional, y luego por resoluciones internacionales sucesivas de la IVa. Internacional posteriores a la segunda guerra mundial. El documento actual resume las concepciones presentes de los marxistas revolucionarios sobre este aspecto fundamental del programa de la revolución socialista.

